

Veinte años de formación universitaria en educación social

La historia es un profeta con la mirada vuelta hacia atrás: por lo que fue, y contra lo que fue, anuncia lo que será.

Eduardo Galeano

A finales de este curso, saldrá la primera promoción de graduados en Educación Social, que coge el relevo a los estudiantes de diplomatura. Estos veinte años han representado una evolución vertiginosa desde una actividad desconocida a una profesión normalizada. Pero este itinerario empezó mucho antes.

Empecé a trabajar como educadora en mi barrio, de voluntaria y sin contrato, en el año 1975. Y con un contrato de la Generalitat de Cataluña justo cuando la administración catalana recibía las competencias en materia de infancia en el año 1981.

Creo recordar que hablábamos de educadores especializados desde unos referentes conceptuales desarrollados en espacios alternativos creados vocacionalmente por personas formadas en Francia, seguidores de Paulo Freire y muy próximos a los movimientos libertarios del momento. Y de esto hace ya más de treinta años... No hablábamos de educación social. Pero hoy es más que evidente que es a lo que nos dedicábamos.

Así pues, es preciso hacer una pequeña aclaración: lo que en estos momentos se ha conmemorado son los veinte años de formación universitaria en educación social, pero no de la educación social, que empezó mucho antes.

Debo decir que, efectivamente, considero que es un gran momento y una gran oportunidad para mirar atrás, encontrar la distancia óptima que nos permita reconocer todo lo que se ha hecho y que nos ayuda a redefinir los objetivos pendientes y los caminos para transitarlos.

En el tema que nos ocupa, volver atrás representa para mi identificar dos procesos muy importantes y complementarios.

- La progresiva visualización de la educación social durante el proceso de democratización español.
- La confluencia profesional necesaria para definir un diseño curricular común y universitario.

Son los nuevos derechos sociales y el concepto de ciudadanía derivados de la nueva constitución y la incipiente definición del estado del bienestar los que ubican la educación social como una respuesta educativa extraescolar a los nuevos problemas sociales legitimados a partir de los años ochenta, y los que abren el debate del necesario proceso de profesionalización inherente. Desde mi mirada histórica, lo recuerdo como un período acompañado permanentemente por dos palabras mágicas: *identidad y confluencia*.

Infinitos debates en torno al perfil profesional, e infinitas angustias y miedos en torno al posible profesional “descafeinado” e “híbrido” que resultaría de la fusión de los educadores de adultos, los animadores socioculturales y los educadores especializados del momento.

Aquellos fueron años de introspección, de toma de conciencia de una identidad, con una actitud crítica, militante y poco tecnificada. El resultado de aquel proceso fue la publicación del libro verde de la reforma de la educación en la universidades, que llevaba por título *Diplomado en Educación Social*, (publicado por el Consejo de Universidades en 1989). Pero si tuviera que poner algún calificativo más a aquella etapa, no dudaría en añadir también el alto grado de *generosidad individual y de conciencia colectiva* tanto de los profesionales como de algunas universidades.

Ahora, veinte años después de que la inercia del tiempo haya sobreimpresionado las estructuras creadas y desdibujado el compromiso implícito en su proceso, mi palabra que acompaña, ya conocida y querida, sigue siendo *identidad*.

Eso sí, con las sustanciales diferencias interpretativas que nos permiten el conocimiento mutuo adquirido en este largo viaje. Ahora, la identidad ya no tiene tanta carga corporativista ni necesidad reafirmativa. Pero, eso sí, sigue representando el marco con el que se identifica y donde se integra la fotografía que me hago de esta trayectoria.

Mentiría si dijera que he perdido los miedos ante algunos posibles perfiles profesionales de hoy. Las angustias que me provocaban los fantasmas “descafeinados” e “híbridos” de la década de los noventa se convierten ahora en posibles fantasmas “tecnócratas actuadores”.

Pero la diferencia positiva respecto a ese momento es que podemos disfrutar de algunas estructuras facilitadoras: formación específica consolidada, colegios profesionales, documentos profesionalizadores y el reconocimiento social que representa el Consejo General de Colegios.

Pero como decía Toni Julià en el Congreso de Educadores de Murcia en el año 1995, “afortunadamente todavía tenemos muchas cosas por conseguir”. Nos acompaña el riesgo amenazante de acabar pensando que “ya hemos llegado”. Y por eso es primordial no confundir el instrumento con la finalidad. Es cierta la gran dedicación y consecución de estructuras tanto formativas como profesionales en educación social en los últimos veinte años. Pero no hay que olvidar que una estructura es tan solo un instrumento dinámico.

Si creemos que ya lo tenemos todo conseguido, caeremos en la autocomplacencia tecnocrática de no situar la interacción educativa desde posiciones de poder absolutamente incompatibles con la definición de la educación social como actividad dinámica que acompaña la realización del derecho de ciudadanía.

Por eso yo prefiero brindar por la complejidad, con la copa del interrogante en la mano y rescatando los recuerdos para aprender de ellos. Al fin y al cabo, quiero seguir creyendo y sintiendo la definición que Eduardo Galeano hace del verbo recordar: “Del latín *re-cordis*, volver a pasar por el corazón”.

Araceli Lázaro
Profesora de la Facultad de Educación Social y
Trabajo Social Pere Tarrés - URL